

Presentación

Acaso haya llegado el momento de desterrar por confusas –o de relativizar de una vez– expresiones genéricas que han servido para denominar a las tendencias de la historiografía de las últimas décadas, como viene siendo, por ejemplo, la desgastada voz “historiografía posmoderna”, e ir directamente a los temas con que todas ellas se enfrentan. Uno de los más importantes se sitúa, justamente, en el clásico asunto de la interpretación histórica, esto es, la respuesta a la pregunta de cómo se puede descifrar o comprender en el presente, y la luz de nuevos valores, lo que las personas, instituciones y colectivos de otras épocas y culturas pensaron, dijeron y realizaron.

El problema de la interpretación o hermenéutica se halla de hecho en el centro de los interrogantes que atañen al pensar histórico; está en el corazón de su epistemología y método de investigación, y, desde la época de la Ilustración, primero la filosofía, después los estudios históricos, las ciencias sociales y la psicología, y más recientemente las teorías historiográfica y cultural, se vienen planteando numerosas fórmulas para resolverlo. Además, su trascendencia social es hoy innegable. El uso público –y el uso político más en concreto–, llevado en ocasiones de un irreflexivo determinismo retrospectivo o “presentismo”, puede chocar de frente con cualquier noción de interpretación histórica. Sus manifestaciones más burdas, pero también preocupantes, las hemos podido observar estos días en la furia que se ha desatado contra estatuas y monumentos que conmemoran acontecimientos culturales y personajes de antaño, a quienes se juzga como si perteneciesen al tiempo presente.

En esta entrega de *Historiografías*, que hace el número 19, hemos puesto el acento precisamente en el problema de la interpretación histórica; y, de los cuatro artículos que componen el apartado Historia y teoría, tres de ellos lo tratan o tocan.

En el primero y más extenso, “Reactualización, empatía e historia”, José Carlos Bermejo Barrera, de la Universidad de Santiago de Compostela (España), toma como punto de partida la tesis que hace cien años formuló el filósofo e historiador británico Robin G. Collingwood, esto es, la teoría de la “re-actualización”. Esta tesis, que tiene antecedentes en el siglo XIX, aseguraba que, para interpretar los acontecimientos y acciones del pasado, el historiador debía “repensar los motivos, revivir los sentimientos e imaginar los escenarios en los cuales los protagonistas individuales o colectivos del pasado llevaron a cabo aquellas acciones”. Pero en este artículo, el lector observará a través de elaborados ejemplos cómo las experiencias y vivencias extremas desafían a esa teoría, porque muestran de qué manera en toda representación existe un núcleo que es irreductible a la re-actualización.

A través de diversas influencias (Xavier Zubiri, Claude Lévi-Strauss, la neurociencia, diversos autores adversarios de la psicología conductista e incluso estudiosos del Holocausto), Bermejo examina ámbitos y ejemplos en los que se puede observar que, antes que la conceptualización científica, está el testimonio, la vivencia que solo se logra representar o expresar través de la empatía y/o de la captación de las emociones que tal empatía provoca; o, incluso, que la neutralidad u objetividad pueden llegar a jugar el papel opuesto, esto es, convertirse en sinónimos de complicidad con las más inhumanas acciones. En este texto el estudioso podrá observar dicha propiedad en ámbitos o testimonios tales como: la experiencia de la guerra, la de matar y ver morir; la

vivencia del dolor, la experiencia del hospital psiquiátrico, las reflexiones sobre el significado de la creatividad, etc.

El artículo de Itzea Goikolea-Amiano, que viene a continuación, lleva por título “A vueltas con la descolonización: propuestas para algunas conceptualizaciones coloniales”. Goikolea-Amiano, del Centre for Cultural, Literary and Postcolonial Studies de las SOAS University of London (Reino Unido), nos lleva aquí a un ámbito en boga y muy sensible al problema de la interpretación histórica como son los llamados “estudios postcoloniales”, o, como ella les llama con una denominación más amplia, “los estudios coloniales”.

En realidad, el texto es una crítica a las formulaciones más clásicas de aquellos, que no por casualidad, indica también la autora, se hacen acompañar en las últimas décadas de los añadidos “post” y “de” [colonial], terminología que les sirve para centrarse en realidad en el mundo colonial británico y francés y el ámbito latinoamericano. Para la autora, que es especialista en la historia del Marruecos y Magreb coloniales, estas corrientes no han logrado romper ni con la tradicional historiografía colonial ni con su adversaria, la visión “nacionalista” emanada de los nuevos países resultado de la descolonización de las décadas de los años 1940 a 1970. Todas ellas han estado apegadas a los grandes relatos y/o examinado la historia colonial a través de lo postcolonial, en la que esto último es visto como su resultado necesario. En ese sentido, la posibilidad de una más profunda interpretación del pasado colonial pasa por incluir nuevos factores que lo historicen, esto es, que eviten el “presentismo” y determinismo de los grandes relatos; factores, como se observará en el artículo, tales como el papel de las mujeres, el marco local, los testimonios de los protagonistas y la propia cultura pre-colonial. De ese modo la historia colonial, más que como el antecedente de la descolonización, se puede entender como un proceso en el que se han interrelacionado prácticas, luchas, negociaciones, convergencias históricas, etc., que han procedido de muy diversos actores sociales y políticos.

El trabajo de Goikolea-Amiano, deja paso al de Óscar López, de la Universidad Veracruzana (México), “Autoridades indígenas en el discurso sahuaguntino. Construcción y usos discursivos sobre el Otro”, que también se concentra en el tema de la interpretación histórica y trae al primer plano el problema de cómo el “discurso colonial” es capaz de traducir o interpretar las categorías de los colonizados, o sea, “la voz del otro”.

En este trabajo Óscar López estudia algunas de las fuentes pioneras del proceso cristiano-evangelizador en la América hispana. Nos referimos al que desplegaron los frailes franciscanos con los indios nahuas antes de mediados del siglo XVI, representadas en la obra de Bernardino Sahagún, figura señera de la Orden y autor, entre otras piezas, de unos tempranos *Coloquios* (también llamados *Diálogos de 1524*) y de una magna *Historia general de las verdaderas cosas de la Nueva España*, que permaneció manuscrita hasta comienzos del siglo XX, cuando fue finalmente editada.

Ambas fuentes, sobre todo los *Coloquios*, se convierten en este estudio en la clave del antes citado “discurso colonial”. Porque el objetivo de Óscar López no es tanto un comentario de fuentes, sino un examen del problema de cómo ese intelectual franciscano fue capaz de reinterpretar el pasado nahua e insertarlo en el discurso cristiano; o, planteado en términos “foucaultianos”, que el autor reivindica, de qué

modo la obra “sahaguntiana” puede verse como modelo de predicación si se la entiende como un “discurso”, “campo práctico” o resultado de “una relación de poder” en la cual se construye una memoria que se remonta al pasado prehispánico, donde el dios cristiano se lo interpreta en parte en clave nahua, y donde la llamada Conquista acaba apareciendo como un acontecimiento necesario y querido por este.

El apartado de Historia y teoría se cierra con el sugestivo trabajo de Manuel Romero, de la Universidad de Chile, “Las críticas de Nietzsche a las corrientes historiográficas románticas. Una evaluación desde lo corpóreo-vital”.

Friedrich Nietzsche viene siendo un autor en alza entre historiadores de las ideas y expertos en epistemología histórica, rescatado en las últimas décadas debido a su temprano rechazo de la visión objetivista –y de pretensiones políticas– de la historiografía, que fueron las claves, como se sabe, del nacimiento de la moderna erudición y estudios históricos en el siglo XIX. Así lo vio Hayden White, padre del llamado “giro narrativista” o “posestructuralista” de la teoría historiográfica, en el capítulo de su temprana *Metahistory* (1973) en el que estudia el uso que Nietzsche hace de la metáfora en sus evocaciones e interés por lo histórico; y así lo vienen reivindicando otros autores cuando buscan en este polifacético filósofo las raíces del llamado pensamiento posmoderno. El trabajo de Manuel Romero no tiene tales ambiciones, pero no por ello es menos interesante. Sobre todo, debido al tema que ofrece: un repaso por las imágenes y asuntos históricos que centraron la mirada “nietzscheana” en algún momento, o, si se quiere, las críticas de este a las categorías y usos políticos del pasado propios del siglo XIX, lo que el Romero da en llamar “la historiografía romántica” alemana.

La aplicación de la idea de romanticismo al estudio de la historia de la historiografía no es desde luego fácil debido a su amplitud y variedad de manifestaciones, pero tiene la ventaja, al menos en el caso germano, de que se engarza con las corrientes políticas e intelectuales de los años de la Revolución francesa, invasión napoleónica y del *Vormärz*, esto es, la Alemania que va de las últimas décadas del siglo XVIII, cuando esta comienza a alumbrar su propia Ilustración, hasta el período de las revoluciones de 1848, cuando se desarrollan proyectos nacionalistas entre intelectuales y clases medias (la *Bildungsbürgertum*), quienes van a tener por fundamental la creencia de que la cultura alemana se guía por valores propios y diferentes de la Ilustración y de las revoluciones propiamente francesas (la lengua alemana, el idealismo, el folclore, el arte gótico, la antigüedad clásica, etc.). Ahora bien, el concepto de historiografía romántica es una noción que también puede englobar, si se hacen las distinciones pertinentes, a una forma de ver los estudios históricos basada en la investigación y la crítica de fuentes, que surge en el mundo germano en la primera mitad del siglo XIX, pero que se desarrolla en su segunda mitad, y que incluye temas en los que Nietzsche estuvo interesado de manera pasajera. En el artículo de Manuel Romero el lector encontrará claves y ejemplos de cómo este filósofo valoraba la filosofía “herderiana” de la historia, los estudios sobre el mundo clásico, la herencia cristiana y el pensamiento “rousseauiano”.

En el primero de los textos del apartado Varia historiográfica traemos igualmente un tema decisivo en la actual teoría historiográfica como es el de la influencia cultural de las formas de representar el tiempo histórico; en este caso el modo en que estas han dejado huella en el moderno concepto de historia del arte e influido en

la institucionalización de las disciplinas artísticas. Este es justamente el objeto del trabajo de Milena Gallipoli, del Centro de Investigaciones en Arte y Patrimonio (República Argentina), titulado “La temporalidad del canon y su construcción en la historia del arte a través el museo de copias en el siglo XIX”.

El papel que juegan en el siglo XIX las historias especializadas o las nacientes especialidades históricas no es un tema suficientemente tratado en los estudios de historiografía. Se carece, aunque parezca extraño, de una visión comparada entre todas ellas. Es bien sabido, por supuesto, que, desde el período de la Ilustración sobre todo, se asiste a un extraordinario proceso de historización de temas, materias y objetos que servirán de base a la formación de especialidades propiamente dichas –ya en el XIX–, tales como la historia económica, la historia del derecho, la historia de la literatura y de la lengua, la historia del arte y la historia de las ideas filosóficas. Esta especialización encuentra su razón de ser, paradójicamente, en elementos unificadores, o claves de la cultura de la época, tales como la importancia de la filosofía moral, la idea de progreso, el uso público del pasado e incluso la creencia en el poder de las revoluciones políticas y las nacionalidades. Todos ellos forman en última instancia el substrato de la noción “historia de la civilización europea”, probablemente la más amplia de las categorías historiográficas del siglo XIX y asunto capaz de abarcar a todas esas especialidades. Pero ¿qué es lo que diferenciaba a unas de otras? La respuesta más obvia –esto es, el objeto que les es propio– no es suficiente. Es necesario atender, igualmente, al modo específico en el que ese objeto se supo combinar con la idea de cambio, esto es, su capacidad de representar el paso del tiempo o la temporalidad.

El trabajo de Milena Gallipoli estudia, sirviéndose de esta problemática, una de las peculiaridades de la historiografía del arte en su nacimiento. A saber: su capacidad de combinar la idea de estilos y escuelas artísticas que se suceden o “progresan” en el tiempo con la idea de canon intemporal u obra maestra o clásica inasequible al paso de los siglos, esto es, la necesidad de representar “la amalgama de pasado y futuro”, como dice la autora en términos “koselleckianos”. Esta combinación se convirtió en el siglo XIX en la base de la formación de estudiantes y artistas, y en cierto modo en una clave de la institucionalización de los museos y las disciplinas a ellos asociadas.

El último estudio de este número viene de Carmen Álvarez García, de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (España), y se titula “Una aproximación a la historia medieval en Galicia entre los años 2007 y 2017”. Aquí el estudioso hallará un estado de la cuestión de la más cercana historiografía sobre la Comunidad Autónoma gallega dotado de sólidos criterios de clasificación. Pero el de Álvarez García no es un trabajo aislado, sino la continuación de una línea que iniciaron en los años 1980 otros medievalistas gallegos como María del Carmen Pallares Méndez y Ermelindo Portela Silva. Estos, en su artículo “Historiografía sobre la Edad Media de Galicia en los diez últimos años (1976-1986)” (*Studia historica. Historia medieval*, 6, 1988, pp. 7-26), ya hicieron un repaso de la producción del medievalismo historiográfico gallego, que se publicó en los primeros años de la Transición española, y, entre otras cosas, mostraron las deudas de este con las grandes corrientes europeas. En la misma estela se coloca “Historia Medieval de Galicia: un balance historiográfico (1988-2008)” (*Minius*, 18, 2010, pp. 59-146) de Francisco Pérez Rodríguez, quien resalta las tendencias historiográficas y se puede considerar a su vez el precedente inmediato del artículo que aquí presentamos.

Gonzalo Pasamar